

general prolegómena, ó acaso á modo de enunciación genérica, así como los matemáticos plantean el teorema antes de demostrarlo. Pero considerando, por una parte, que si la acepción pedagógica de ciertos vocablos escapa al vulgo, no así á espíritus preparados para este estudio, y por otra, que el verdadero proceso de gestación á que ha obedecido la doctrina del libro III, es resultado del estudio descriptivo de los libros I y II, he resuelto dar á este libro III el lugar que le corresponde según el método aplicado. Por último, este libro final trata: *a)* de definir con precisión los términos fundamentales de la educación; *b)* de la unidad y utilidad de su estudio; *c)* de desenvolver una teoría científica de la libertad de estudios; *d)* de fundar el concepto de la educación sobre tres entidades-bases constituyentes: individuo, sociedad y progreso; *e)* de deducir del axioma general de que «la educación debe coadyuvar y no forzar á la naturaleza», sus leyes capitales.

Tales son el método y el plan de esta obra, cuyos libros forman, por su encadenamiento doctrinario, un todo que podría representar, según la vieja figura escolástica, por tres círculos concéntricos.

LIBRO I

Espíritu de la educación á través del tiempo.

CAPITULO PRIMERO

ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD

SUMARIO: § 12. Distinción de cuatro edades sucesivas en el espíritu de la educación.—§ 13. Objeto del libro I.—§ 14. Edad antigua: espíritu de la educación en Atenas.—§ 15. Espíritu de la educación en Esparta.—§ 16. Espíritu de la educación en Roma.—§ 17. Fenómeno fundamental en el espíritu de la educación antigua.—§ 18. Las tres condiciones típicas del espíritu de la educación antigua.

§ 12. *Distinción de cuatro edades sucesivas en el espíritu de la educación.*—Así como cada hombre y cada pueblo, cada edad posee un alma: el alma del momento histórico en sus más florecientes países. El lenguaje, la literatura, el arte, son sus cristalizaciones. Analizad esos cristales—libros, cuadros, estatuas, sistemas, teorías—, y en sus facetas, ora de sangre, como las del rubí, ora de esperanza, como las de la esmeralda, ora de luz, como las del diamante, halla-

réis las últimas condensaciones del pasado. Esas condensaciones son la guía menos insegura para el hombre á través del laberinto de sus propias ideas: diríanse astros que, aunque envueltos en brumas, se vislumbran en los derroteros del destino.

Son los sistemas educatorios de pueblos y edades, las mejores síntesis de edades y pueblos. Tienen mayor poder fotográfico que las artes y las ciencias, y sólo se pueden parangonar en su valor descriptivo, á las epopeyas. Pero las epopeyas producen una sensación de conjunto, retrato fiel del alma del pueblo en su momento épico; el análisis, siquiera superficial, de un sistema educatorio, reproduce *en detalle* el espíritu del país y la época.

Aparte de este mérito crítico-histórico que el análisis del espíritu de los sistemas de educación del pasado puede tener, este ofrece también otro valor puramente pedagógico. No basta para conocer el presente, estudiarlo en sí mismo; pues sus únicos términos de comparación posibles y sus primeros antecedentes infallables, pertenecen á la historia. En efecto; para la plena comprensión del generalísimo movimiento actual de la educación, parece indispensable, sino el detallado conocimiento, al modo de Paulsen, de la historia de la enseñanza, una síntesis de ella; de las modificaciones de su espíritu á través del tiempo, del lugar y de la raza predominante; de los varios caracteres típicos que ha asumido en sus diversas épocas.— A tal objeto, dividiré la evolución de la educación en cuatro épocas:

Primera: época antigua; la educación pagana, moral, física y política, de Grecia (Atenas, Esparta) y Roma, anterior al cristianismo.

Segunda: época medioeval; la educación mística que

el cristianismo infunde en el espíritu idealista de los pueblos del Norte, y que se refugia en los templos, los conventos y las universidades claustrales: escolasticismo y ergotismo.

Tercera: época moderna; que abarca: a) toda la evolución del renacimiento; b) de la reforma; c) la nueva evolución de los enciclopedistas y filósofos franceses del siglo XVIII; d) la Revolución francesa, con sus proyecciones políticas y religiosas sobre la educación.

Cuarta: la actual revolución educadora; ó sea el movimiento que, en este fin del siglo XIX y principios del XX, empieza á universalizarse, levantando como estandarte más ó menos velado, no ya en el pleno desarrollo de la belleza física y las actividades políticas como en los tiempos clásicos de Grecia y Roma; no ya el ascetismo, con desprecio del cuerpo y la política, como en los tiempos teológicos; no ya el ideal del pleno desenvolvimiento de la inteligencia, la sensibilidad y el cuerpo para fines de grandeza moral é intelectual, como en recientes tiempos: sino el ultra-fin de las *necesidades económicas*, al cual se supeditan otros ideales como colaborantes ó concomitantes (1).

(1) Hallo en cada una de las tres primeras épocas, como antecesoras del actual movimiento, suficientes rasgos para diferenciarlas y caracterizarlas, aunque en ello me aparte de otras divisiones verificadas por autoridades.

F. Paulsen divide así las varias épocas en su *Geschichte des Gelehrten Unterrichts* (Leipzig, 1896): Primera, edad del «Humanismus (das Zeitalter des Humanismus)», 1450-1520; segunda, el fundamento de las enseñanzas protestante y católica de la época de la Reforma y de la Contra-reforma («die Begründung des protestantischen und katholischen Gelehrtenwesens der Reformation und Gegen-Reformation»), 1520-1600 (1648); tercera, época de la construcción áulica francesa y prin-

§ 13. *Objeto del libro primero.*—Desentrañar de cada edad la idea-madre que ha inspirado su sistema educativo es el único objeto de este libro primero. Pues tal conocimiento es indispensable, para autopsiar, descarnar y presentar luego desnudas, como las piezas de un esqueleto, las fuerzas directrices de la educación contemporánea. Podrá representar sus ideas-madres por el encadenamiento de las vértebras (la cabeza es una vértebra) y sus demás fuerzas concomitantes como los otros huesos que articulan y sostienen el cuerpo vivo. Quiero que mi verbo, al modo de los rayos Röntgen, á través de órganos y vísceras palpitantes, ponga á la luz esa armazón ósea...

En otros términos: el objeto de este libro primero es condensar, á través de la historia, ciertos lineamientos angulares de la psicología de los sistemas de educación del pasado hasta el presente. Aunque á *prima-faciae* parezca antes un ensayo de crítica que de pedagogía, me ha sido indispensable á la cohesión de esta obra, para entrar, con su base, en el siguiente libro, al estudio de los actuales sistemas educativos.

Intento compendiar el espíritu de la educación antigua greco-latina (cap. I); el de la educación esco-

 cipio moderno de las universidades y escuelas «(das Zeitalter der französisch-höflichen Bildung; beginnende Modernisierung der Universitäten und Schulen)», 1600 (1648)-1740; cuarta, época del aclaramiento, conquista paulatina del nuevo-humanismo «(das Zeitalter der Aufklärung, allmähliches Aufsteigen des Neuhumanismus)», 1740-1805; quinta, época del Nuevo humanismo, fundación de los «Gimnasien (das Zeitalter des neuen Humanismus, die Begründung des Gymnasiums der Gegenwart)», 1790-1840; sexta época, evoluciones de los últimos tiempos «(Strebungen in jüngster Vergangenheit)», 1840-1892.

lástico-medioeval (cap. II); la contribución del pensamiento hispánico al Renacimiento de la pedagogía (§ 20); el Renacimiento y la Reforma y el nuevo-humanismo (§§ 21, 22, 23, 25); un ejemplo concreto de educación moderna en Italia (§ 24); y, finalmente, las tendencias de la educación contemporánea (cap. IV). De este último capítulo, concordándosele con ciertos párrafos de los anteriores, emergen ya las *líneas generales* de la psicología de la educación actual...

El método que seguiré en mi exposición no será estrictamente histórico ni ampliamente metafísico, sino de observación psico-sociológica, porque los principios que desarrollo son antes descriptivamente tan complejos como la realidad misma, que simples y simétricos como teorías histórico-metafísicas. Bástenme, pues, los resúmenes que van en los siguientes párrafos, en que intento seguir el hilo de ideas, fenómenos y antecedentes históricos que eslabonan los sistemas pedagógicos de todos los tiempos: las ideas matrices que han engendrado en *cada* edad, el espíritu de *su* educación.

§ 14. *Espíritu de la educación en Atenas.*—En toda la Grecia, la educación fué *una* en estos dos puntos capitales: 1.º, supremacía de la física; 2.º, la manera clara, silogística casi, del raciocinio, cuyo desenvolvimiento se consideraba principal fin de la intelectual.

En Atenas, como en Esparta y en la mayor parte de las ciudades griegas, la instrucción primaria era pública y obligatoria. Se componía de «letras», gimnasia, música, poesía y primeros elementos de geometría. Es una imagen clásica la de aquellos antiguos batallones escolares que recorrían las ciudades en

filas cerradas, á la lluvia, la nieve, el viento y el sol. La instrucción superior era empírica, y se basaba esencialmente en la dialéctica. La forma dialogada en que convencía Sócrates, era de las más usuales. Debía cautivar el espíritu ático y juvenil de los helenos, por su donosidad suprema en la demostración. Al escuchar los diálogos que Platón nos transmite, bien pudieron creer los griegos que los «dioses crearon á los hombres para oírlos hablar elegantemente».

Terminada la instrucción primaria en las escuelas públicas, circunscribíase la educación de los jóvenes atenienses, especialmente de los ciudadanos libres, ó sea los nobles, á una serie de ejercicios que desplegaban en el cuerpo toda su belleza y su fuerza; y á una serie de razonamientos que, en una dialéctica sutil, les bastaban luego en la vida pública, de que todos participaban, para sus discursos de filosofía y de política. La danza, la gimnasia, la esgrima, la equitación, el disco, los juegos todos, ejercidos desde niños, desenvolvían á los músculos su plasticidad tradicional, su fuerza y su salud.

Cuando Clístenes, tirano de Sicyone, recibe en su casa á los pretendientes de su hija, les hace probarse en un campo de ejercicio, «á fin, dice Herodoto, de conocer su raza y su educación». Platón, Crisipo, el poeta Timocreón, fueron un tiempo atletas. A Eurípides se le coronó como á tal en los juegos eleúsicos. Se ha dicho de Pitágoras que alcanzó el premio en pugilato. La parte más importante de la educación era la física; y el fin de ésta, desenvolver una textura escultural que se higienizaba y hermozeaba al sol y al viento, con el aceite, el polvo, el trigilo, los baños fríos, la alimentación sana, el culto continuo de la fuerza y de las formas. El mejor medio que halla Age-

silao, en hora de desconfianza, para animar su ejército, es exhibirles desnudos los prisioneros persas, ante cuyas carnes fofas, pálidas y débiles, ríen de desdén los soldados griegos: y se lanzan luego contra el enemigo, henchido el pecho de bravura...

La educación intelectual, por otra parte, limitábase á enseñarles á discurrir en voz alta, según una cadena lógica que evidenciaba la palabra fácil y elegante en un idioma claro y preciso, sin medias tintas ni vaguedades psicológicas ó simbólicas. A cada idea neta, su expresión; á cada expresión, su idea. Nada de la profundidad asceta del alma tórrida del hindu, soñando aplastada por la canícula, al pie de los montes más altos de la tierra, envuelta en una maravillosa flora y una terrible fauna casi terciarias en grandes tormentas pasajeras y soles equinocciales. Nada del aplastamiento político que asemejaba los grandes imperios de Egipto, Siria, Ninive, Babilonia, Persia, á ergástulas. Ni de la ambición de Roma, que todo halló pobre á su sed de dominio. Ni de la histérica exaltación del pueblo santo. Ni de las sentimentales brumas que allá, en el corazón de Germania, envolvieron luego el castillo de San Graal. Si el espíritu cristiano en el Norte ha sido al modo de las inmensas catedrales góticas con sus naves infinitas, sus torres sibilantes, sus detalles oscuros y sus quimeras impenetrables, todo místico y hondo, todo sentimiento religioso: el espíritu griego es concreto como las graciosas líneas de la arquitectura de sus templos. Sus templos, que no son laberintos, ni pirámides, ni gigantes fabulosos como en India ó Egipto; ni de fastuosos irisamientos de Orphir, como el salomónico de Israel; ni pueriles torrezuelas de porcelana sobre bóvedas chatas como en el Imperio Celeste; ni cuaternarios, ni infantiles, ni pro-

fundos, son sólo edificios de una prístina elegancia, resplandecientes al sol sus mármoles de Paros y Chío. Todo sencillo, todo claro, fué aquel un pueblo único, de ideas más serias que sus sentimientos, de mayor inteligencia que corazón. Sólo supo sentir la belleza, y su belleza es, prototípicamente, simple; limpia de intensidades en la pasión religiosa y en la ambición política...

En una patria pequeña, con extraordinaria extensión de costas, bajo un cielo límpido, en una atmósfera pura, besada la falda de laureles y de viñas por un mar aterciopelado que constelan archipiélagos de ónix, de esmaltes y de mármoles, todo lleva allí un sello de suprema sencillez, claridad y belleza plásticas: tal es el griego; tal su educación. Buscad en la enseñanza de sus filósofos el misticismo teológico, la adustez de los imperativos kantistas, la ferocidad de las luchas humanas del positivismo, y nada hallaréis de todo ello: sin embargo, allí fué la cuna de nuestra civilización..., allí fué la cuna de nuestras *ideas*, y no de nuestros *sentimientos*: he ahí la clave del enigma; he ahí por qué, si Sócrates, Platón y Aristóteles no supieron profetizar la metafísica actual (lo que supieron hindus inspirados é israelitas poseídos), en cambio, dieron el primer paso para enseñar á razonar á la humanidad de los siglos venideros: es que *pensaban* más de lo que *sentían*. La geometría de Euclides sirve aun hoy de texto en las escuelas inglesas; pero la filosofía griega sobre el feminismo y el trabajo, por ejemplo, no puede hoy inculcarse como la doctrina de los Evangelios del Nuevo Testamento, sin peligro, en corazones jóvenes. Paréceme la ética griega el estudio más interesante de las ciencias sociales: porque nos revela el hilo conductor del razonamiento en moral y

en política, haciendo abstracción perfecta de la conciencia, de la religión, de las simpatías; en fin, de todo lo que se *siente* y no se discute. Si los hindus parecen haber sido quienes enseñaron á la humanidad á sentir, los griegos, aunque con herencia de aquéllos, y de los egipcios, le enseñaron á pensar: así en la vida de los hombres, primero se siente y *luego* se raciocina. La ambición y el ascetismo que se cantan en el Mahabarata son harto más profundos que la pureza, todo formas, de Homero; y Homero es el alma de Grecia. Los más altos ideales morales, religiosos y políticos, no son en Grecia más que las necesidades del momento de una patria pequeña; sólo se cultiva la elegancia de las formas y la elegancia de los discursos. La elegancia en las formas lleva á las bellezas supremas de su poesía, su escultura y su arquitectura; en los discursos, á esa nitidez de pensamiento, que á fuerza de ser activo en sumo grado, alcanza alguna vez la profundidad y la verdad, ya en exposiciones de la ciencia de los números, ó de las líneas, ó del gobierno.

§ 15. *Espíritu de la educación en Esparta*.—Aunque el espíritu de la educación fuera *uno mismo* en todos los Estados de Grecia, en formas y en detalles difieren, á veces hondamente, los sistemas educativos de las diversas naciones que habitaron la Península. Para Esparta, polo opuesto del alma de Atenas en la reducida esfera helénica, la educación es, ante todo, guerrera. Comenzaba la instrucción militar desde la hora del nacimiento. Como el ideal absorbente de los lacedemonios era la victoria, y como sus tierras eran demasiado pobres para alimentar ciudadanos inútiles para la guerra, apenas nacido el niño, se presentaba á un consejo de revisión: si á su juicio era débil ó de-

forme, abandonábasele en una montaña solitaria. A quienes merecían vivir, se les retiraba del seno de su familia donde la maternal ternura pudiese conculcar la fiereza del soldado; y se les educaba en común en escuelas militares. Allí todo tendía á formarlos sufridos y fuertes: andaban desnudos y descalzos, en invierno como en estío; dormían sobre haces de cañas; bañábanse en las destempladas aguas del Eurotas; comían insípido alimento, poco y de prisa; todo bajo la estricta disciplina de los jefes. Con frecuencia se les negaba la comida, para que aprendiesen á sufrir el hambre y á robar con astucia; si se les pillaba en los robos, el castigo era severo: no por el robo, sino por no haberlo sabido disimular. Es bien conocido el ejemplo de aquel niño que robó una pequeña zorra que llevaba oculta bajo su manto, y que para no ser descubierto, se dejó roer el vientre sin exhalar una queja. Azotábaseles delante de la estatua de la diosa Artemis, hasta salpicarla de sangre: algunos morían de los golpes; pero nadie se lamentaba, lo que era contrario á la honra del soldado. Ello es que se les enseñaba ante todo la resignación y el esfuerzo, las más grandes virtudes militares en las antiguas guerras.

También la disciplina, tan necesaria á los ejércitos de todas las épocas, se inculcaba allí: los educandos debían comer y andar siempre en silencio, con los ojos bajos, sin poder volverse, ni interrogar; debían prestar obediencia á cualquier ciudadano que tuviese á bien darles órdenes.

En lo intelectual, menos arte, menos filosofía, menos pensamiento que en Atenas: la preocupación de la guerra lo dominaba todo. Así como el *aticismo* fué allí cualidad dominante del espíritu, aquí lo fué el *laconismo*. Los ciudadanos debían acostumbrarse desde

niños á hablar poco, porque la palabra suele entorpecer la acción; porque la oratoria puede ser una válvula de escape de pasiones que deben antes traducirse en hechos. En la educación intelectual del espartano, la concisión—¡tan elocuente á veces!—sustituía á toda la demás retórica, así como el arte y la ciencia de la guerra, á todas las artes y á todas las ciencias. Ejemplos hay hermosísimos de ese estilo telegráfico del lenguaje. Cuando un ejército estaba en peligro, el gobierno le enviaba por todo mensaje una palabra: «¡Alerta!» Cuando Lisandro tomó á Atenas, escribió á su patria: «¡Cayó Atenas!»—Los romanos aprenderán luego esa misma concisión, y dirán dando cuenta de una campaña, por boca de César: «¡Vine, vi, vencí!» Tal es el fin de la educación lacedemonia: *formar de cada hombre un ciudadano, y de cada ciudadano un soldado*. La filosofía y el arte florecieron mayormente en Atenas, jardín el más maravilloso en que se cultivara, á través de toda la historia, el pensamiento humano: allí era el alma nacional: Esparta fué tan sólo el brazo.

§ 16. *Espíritu de la educación en Roma*.—En Roma, la educación sigue los mismos rumbos de Grecia, así como en épica, Eneas las huellas de Ulises; pero agrega á esa educación un algo más práctico, más positivo, más ambicioso, y le quita, al propio tiempo, mucho de su elegante elasticidad. Así la gimnástica, es ahora más que el arte de danzar y de arrojar el disco, la de la caza y la guerra; la oratoria, más pesada y más ardorosa, ha perdido, en el Senado y en el Foro, aquellas flexibles ondulaciones de pantera; la filosofía no discurre más tan bellamente, sino que trata de justificar los vicios ó de anatematizarlos, siempre con el criterio de *interés*, ya de cada uno, ya del de todos.

Los griegos no tenían en cálculo el interés de nadie, sino el de producir la belleza por la belleza; así, en el ejemplo que cité de Agesílaos, más puede el ridículo de unos cuerpos débiles contra la inercia de los soldados cobardes, que lo que hubiera podido la lógica de un energúmeno. Esparta misma, amaba la guerra, más que por su utilidad, por la épica del combate. No teniendo que luchar contra las graves dificultades que excitaron á los romanos, odiaron los helenos todas las crudezas y las intemperancias, y el interés es el más intemperante, el más crudo de los móviles humanos. Su propio interés estaba en su desenfado: era el mejor placer pasear su atletismo en procesiones, por las plazas, ceñidos los hombros de púrpura, la frente de rosas. Tales eran las semejanzas de carácter—y de educación por tanto—de los vencedores de Darío y los vencedores de Anibal. Añaden éstos á la herencia helénica un sentimiento, una pasión que ofusca su legado de aticismo: la desenfrenada ambición política. Este sentimiento engendra una nueva idea-fuerza: la *preocupación utilitaria*; ese espíritu de aprovechamiento en la conquista, que no es la conquista teocrática de los pueblos asiáticos, sino un nuevo ideal de progreso. Todos los romanos se contagian: encárnanlo los Gracos, César, Bruto, Catón, Augusto, Marco-Aurelio, aun Lucrecio, Juvenal y Séneca, quienes todos como patricios eminentes, supieron ser síntesis de ese rasgo el más vigoroso del alma de la patria, que era nada menos que un *nuevo rumbo* que se marcaba á la civilización del futuro; rumbo que hubiérala absorbido, á no surgir en el horizonte, ¡tan oportunamente!, la insólita resplandecencia que lo contuviere ó equilibrase: ¡el sol del Gólgota!

§ 17. *Fenómeno fundamental en el espíritu de la educación antigua.*—El más gráfico modelo del espíritu de la educación en la antigüedad clásica nos lo presenta Grecia. Desde Jenefonte hasta Marco-Aurelio los hombres se educaron como gimnastas y hablistas, pero el sistema fué más vigoroso cuando se iniciaba con Platón que cuando fenecía bajo Constantino. Es propiedad de todo lo humano presentarse con mayor nitidez en su cuna original que en posteriores prolongaciones ó imitaciones. Tan opuesta es nuestra manera de alma al alma de los tiempos clásicos, que jamás podríamos razonar acerca de ésta sin despojarnos de aquélla, así como ningún miembro de nuestra actual sociedad, varón ó hembra, podría servir, vestido según nuestras modas, de modelo á un escultor griego. El cristianismo y el traje, se ha dicho, lo han hecho todo. Despojémonos, empero, de tan incómodas vestimentas, colguemos de nuestros hombros una túnica de lino, y discurramos un momento bajo un pórtico griego en el siglo de Pericles. Deslastrémonos de nuestra imperativa herencia psicológica, de nuestras preocupaciones escolásticas, de nuestras hipocresías místicas, de nuestros sentimentalismos convencionales; en una palabra: de nuestra alma, y razonemos en un anatómico análisis de cierto fenómeno singular que fué, en su época, coeficiente el más alto de la civilización. Hoy lo sería de barbarie.

La característica generatriz de nuestro espíritu moderno es, podría decirse, la supremacía ética absoluta de la *vida humana* sobre la *vida animal*. Quiero decir: el disimulo de la vida animal, como secundaria, y la soberbia exhibición de la humana, como la única noble y que realce nuestra dignidad de semidioses. Es una cuestión de orgullo y es una cuestión de moral.

Lo cual significa un doble dogma, tácito ó expreso, franco ó velado, de filosofía y de religión.

A la inversa, entre los antiguos, la vida animal sobreponíase en el ánimo de los pueblos á la vida humana: y esto es lo que conceptúo el *fenómeno fundamental* de su alma. En ninguna parte fué más palpable esa manera de ser que en el bello país de Grecia: la política, la religión, la filosofía eran actividades accesorias cuando no estimulaban y satisfacían la plasticidad del animal. El misticismo es producto de castidad: satisfecho el cuerpo, el sentimentalismo toma formas normales y equilibradas. Cuando los hebreos adoraron el becerro de oro, olvidaban sus pasiones taumatúrgicas; cuando sus profetas se las desperdaban, era para olvidar el ídolo. Para los griegos, la satisfacción de los apetitos debía ser continua, pública, moral, religiosa, política, filosófica; se ampliaba en los circos, los paseos, los atrios, los baños, las representaciones, los discursos: se permitía y aconsejaba y estaba sancionada por los principios y arraigada en las costumbres. De ella manaba ese templamiento de los nervios que constituía la olímpica serenidad del alma helena. Libre el ánimo por la tranquilización de la carne, el cerebro funciona sin prevenciones ni ansias insaciabiles: de ahí el aticismo. De ahí que pueda explicarse ese aticismo por la indiferencia en los sentimientos calmados hasta la saciedad física, y por el raciocinio de un pueblo inteligente que así sabía desligarlo de toda traba sentimental. Ello es lo que llamaría el *desequilibrio* griego entre la intensidad del pensar y lo débil del sentir; que bien pudiera llamar *equilibrio*, si no me sirviera de término de comparación el que pretendemos en nuestro espíritu moderno, que falseando la espontaneidad de la naturaleza, hace

primar al hombre sobre la bestia. Suponed á Santa Teresa de Jesús, en la impunidad de la religión y la costumbre, bajo el límpido cielo de Apolo, ungida la frente de lirios y mirto, rodeada de atletas y filósofos, paseando su triunfante belleza por un verde parque de Atenas: ¿describiría, sentiría entonces sus obras admirables, inspiradas por el amor hacia un Esposo ideal, en la sobreexcitación de una castidad forzada?... En Grecia, la íntima aspiración de aquella virgen ardorosa *no* hubiera podido tomar otros vuelos que los consagrados por la moral y la religión del medio-ambiente; y esa religión y esa moral están condensadas en la admirable ingenuidad de esta frase de Herodoto: «Algunos pueblos bárbaros se avergüenzan del desnudo (I, 10).» En un templo de Aphrodita, *santamente* tranquilizada la mujer, no existiera la monja; en un convento de Cristo, *santamente* insaciada la mujer, expandíase la monja. Tales son las diversidades, á través de las épocas y los pueblos, del angular concepto de santidad...

La parte más importante de cada hombre era su animal, la secundaria su hombre. Lo prueba la religión: en la animalidad de sus dioses. Lo prueba la ética: en la sanción de las costumbres. Lo prueba la filosofía: en la amplitud de su criterio. Lo prueba la literatura: en su obscenidad, ante la cual resulta cándida la más repugnante novela del llamado «naturalismo» contemporáneo. (Hay una frase de casta y sublime sencillez descriptiva en Homero, que aparea, esbozando el ejército griego ante Troya, guerreros y bestias: «Ahí están los jefes y los reyes de los griegos. Dime, Musa, ¿cuáles eran los mejores entre los hombres, cuáles entre los caballos?») Lo prueba también, y en primera línea, finalmente, su educación: de cu-

yas dos partes, la gimnasia y el discurso, era principal la gimnasia. El joven gymnasta, en *Los Rivales* de Platón, se burla donosamente de su adversario que se ha hecho lector y pensador. «Sólo el ejercicio, le dice, mantiene al cuerpo. Mirad á Sócrates, ese pobre hombre que ni duerme ni come, que tiene el cuello arrugado y encorvado, á fuerza de trabajar el espíritu.» Esa manía del estudio y el pensar, produce risa y desprecio: y lo curioso es que el mismo autor, que no es atleta sino filósofo, parece apoyar la superioridad indiscutible de la gimnasia: del cuerpo sobre el espíritu.

Es este el fenómeno fundamental del alma griega, y por ende, del espíritu de la educación antigua: la indiferencia mística, la libertad del raciocinio, el poder del discurso, la elegancia ática, no son sino sus consecuencias.

§ 18. *Las tres condiciones típicas del espíritu de la educación antigua.*—A tres condiciones primordiales podrían reducirse, en última síntesis, los caracteres típicos de la educación en la antigüedad clásica: *animalismo, indiferentismo y estetismo*. Propiamente las tres encajan unas en otras, como causas y consecuencias simultáneas del mismo fenómeno psico-físico y sociológico. La primera se refiere al culto y la satisfacción del cuerpo; al menosprecio de lo místico, la segunda; la tercera, al eterno ideal de la «belleza eterna», como supremo fin de la humanidad.

Buscad estas tres condiciones en las obras de los filósofos, y especialmente en el concepto expreso de la educación que emana de esas obras. Interroguemos á Platón (al experimentado filósofo de *Las Leyes*, se entiende, no al joven soñador de *La República*), quien

define como objeto de la educación, «dar al cuerpo y al espíritu toda la belleza y la fuerza de que sean susceptibles». Traduciríase este pensamiento á nuestro idioma moderno en estas dos proposiciones: dar á los músculos, á los nervios y á las formas toda la plasticidad y el vigor de un animal de buena raza; dar al espíritu todas las facilidades para razonar con claridad y verdad. Fué pretendiendo igualar lo dúctil del razonamiento de los griegos—y por carecer de su animalismo, su indiferentismo y su estetismo—como encallaron los escolásticos en el fango de sus oscuridades gótico-bizantinas, de sus abstrusas teologías, de la ridícula impotencia de sus ergotismos. Ved ahora cómo concreta Platón la división bipartita de la educación griega expuesta en párrafos anteriores: la gimnasia *para* el animal; y las *artes*, que comprendían todo lo que debía saber el hombre *para* la Sociedad: el raciocinio, los cantos y máximas políticas y populares, nociones de poesía y filosofía. La *ciencia* era, pues, una palabra obscura, casi sin sentido; todo lo que debía conocer el ciudadano «apto para gobernar y ser gobernado», se incluía en el molde del estetismo, y constituía las *artes*. Como fosilizamientos de aquellas antiguas ideas, han conservado en Alemania los institutos clásicos de instrucción secundaria, el nombre de *Gymnasien*, y la facultad madre de las universidades británicas, el de *Faculty of Arts*. Así, los miembros del *Gymnasium* alemán en un tiempo olvidaron casi por completo la gimnástica, y hoy la cultivan en segundo término; y los *B. A.*, es decir, los graduados de «bachiller en artes» (*bachelor of arts*) de las universidades británicas, han sido educados en las ciencias sociales y no en aquellas actividades que en los idiomas modernos se denominan *artes*. A este

respecto conviene hacer notar aquí: que la facilidad con que los antiguos improvisaban y propalaban sus rudimentarias doctrinas de ciencia, hacían de ésta antes motivo de dialéctica que de análisis; que todas las artes conocidas eran bellas; que la *falta de industrias*, de lo que en nuestro concepto moderno llamamos «industrias», y relegando á un lado la labor de los esclavos, es una de las primeras características de la época; el trabajo *material*, según la vieja ética, fué acto indigno del hombre libre...

CAPITULO II

ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN EN LA EDAD MEDIA

SUMARIO : § 19. De cómo el espíritu de la educación escolástica es la mejor expresión del espíritu de la Edad Media.— § 20. Edad Media: los tres elementos capitales constituyentes de su espíritu.— § 21. Proceso de generalización del espíritu de la Edad Media en todos los países de Europa.— § 22. Espíritu del escolasticismo.— § 23. Espíritu del ergotismo.— § 24. Manera del silogismo.— § 25. Concepto de Aristóteles y Platón en la Edad Media.— § 26. Rasgo característico de la educación escolástico medioeval: *rigorismo* ó *artificialismo*.— § 27. Origen de las universidades.

§ 19. *De cómo el espíritu de la educación escolástica es la mejor expresión del espíritu de la Edad Media.*— La última esencia del alma de la Edad Media es el espíritu de su educación. Siempre un sistema de educación es síntesis de su época, y cuando se trata de un interregno histórico cuyo proceso psico-sociológico es todo de homogenización y asimilación— de educación por excelencia—, esa síntesis debe ser la más absoluta. Tal ocurre con la educación de la Edad Media: retrata el desarrollo de su estructura íntima de una manera mucho más elocuente que todas sus demás instituciones y costumbres. Escudriñe el psicólogo el alma de un fraile godo que medita en la biblioteca de su convento, encenagado en sus pergaminos y envuelto en la penumbra de la luz que atraviesa, por la crip-